

- Tal vez llegará el día en que lo revele.
 —Ahora.
 —No puede ser. Iré a ver a usted a la calle de Tacuba.
 —¿Cuándo?
 —Dentro de tres días.
 —No falte usted, por Dios.
 —Estaré allí, y le revelaré a usted cosas que le interesan sobremanera.
 —¿Y no sabré quién es usted?
 —Ahora no; entonces, adiós; hasta dentro tres días.
 —Hasta dentro de tres días; adiós.

CAPITULO III

Un rompimiento

Estamos en una espaciosa y elegante sala; magníficos espejos de cuerpo entero, colocados sobre lujosas consolas de caoba de exquisitas labores, se ven simétricamente repartidos; ricos sofás de damasco de seda encarnado con flores blancas, y cómodas butacas de lo mismo, haciendo juego con sillas vestidas de igual manera, resaltaban junto a las vistosas paredes pintadas de oro y azul; exquisitas cortinas de gro punzó entrelazadas con otras de muselina blanca, velaban las puertas vidrieras de los balcones y de las piezas que comunicaban con la sala; un piano excelente de cola, con elegantes incrustaciones de oro y plata, ocupaba el espacio que mediaba entre los dos balcones de la pieza; una lujosa araña de bruñido cristal, de doce luces, pendía de un cielorraso pintado con maestría y gusto; una alfombra turca verde, con graciosos dibujos de matizados colores, cubría el terso pavimento; elegantes rinconeras, ostentando costosos floreros de hechuras primorosas, vestían los ángulos; un brillante reloj de primorosa construcción, colocado sobre una mesa redonda en medio de la estancia, rodeado de mil caprichosas figuras de porcelana, marcaba las horas, asomando al hacerlo, un pajarillo autómatas que cantaba y agitaba sus pintadas alitas, ocultándose luego dentro del reloj; y sobresalientes cuadros de un mérito notable, representando los más sublimes pasajes de la Biblia, completaban el regio adorno de aquella sala.

Las últimas vibraciones del piano espiraban dulcemente en el espacio, heridas las teclas por la delicada presión de

los nevados dedos de una hermosa joven de torneada mano, de apacible rostro y celestial mirada.

—¡Admirablemente! Nunca has tocado con más sentimiento y expresión—dijo una señora que estaba arrellanada en su butaca y haciéndose aire con un rico abanico, que cebraba con maravillosa rapidez.

—¿Le ha parecido a usted mejor que otras veces?

—Siempre estás admirable; pero ahora has estado sublime.

—¿No será debido ese parecer más que a mi mérito, a la benevolencia de usted, que va en aumento cada día?

—No puede aumentarse lo infinito, hermosa mía. Por lo mismo, no es el aumento de cariño, que siempre ha sido y será inmenso hacia ti, sino el delicado sentimiento con que has tocado, quien ha dictado mi elogio.

—Pues en lo sucesivo trataré de interpretar de la misma manera los pensamientos del autor, sólo porque usted disfrute del placer que ha sentido en este instante.

—¡Eres muy buena para mí!

—¿No debo serlo, acaso?—dijo la hermosa, dejando el piano y sentándose en el sofá, junto a la butaca de su interlocutora, a quien estrechó con indecible cariño la mano—. ¿No es usted la única amiga que tengo en el mundo? ¿No es usted la que comprende mi corazón, se identifica con mis sentimientos y me presta su amoroso apoyo en mis penas y desgracias?

—¡Sí, sí!—exclamó enternecida la interrogada, imprimiendo un ósculo en la serena frente de la joven—. Todo lo soy para ti; para ti sola, que eres un ángel... Sí, sí; ¡soy tu amiga, tu hermana, tu madre!...

—Sí, mi madre; porque sólo una madre tierna y cariñosa pudiera amarme con la pasión que usted me ama.

—Tienes razón—exclamó, visiblemente conmovida, la señora de la butaca.

—Si usted se hubiese unido a un hombre, ¡cuán felices hubieran sido sus amados hijos!...

—¡Casada!... ¡Casada!...—interrumpió, sin poder contener las lágrimas que se asomaron a sus ojos—. Pero no lo he sido, hija mía..., no lo he sido nunca...

Y quedó tristemente abatida.

—¿Nunca ha encontrado usted un hombre digno de su amor?

—¡Un hombre!...

—¡Ah! ¡Madre mía! ¿Ha sido usted también desgraciada?

—¿Y quién no lo es en el mundo, hija mía? Con el universo nació la desgracia que aflige a la humanidad. El mundo,

que ahora se presenta deslumbrante a tus ojos, no es más que la reunión de novecientos desgraciados que gimen acosados de distintas necesidades, que empozñan la existencia de la miserable descendencia de Adán.

—Luego, ¿ha amado usted?

—Sí, hija mía; he amado, y he amado con toda la pasión con que amamos las mujeres.

—Y fué usted amada, sin duda, ¿no es verdad?

—¡Sí! Como pocas lo son en la tierra.

—¡Y, sin embargo, no se unió usted al hombre que amaba!—exclamó Clotilde tristemente, viendo que, a pesar del amor que se consagraban ella y su amante, el destino podría separarles.

—Comprendo lo que pasa en tu corazón, hija mía; pero a ti no te amenaza la desgracia que se complació en desgarrar mi pecho.

—¡Ah!... ¿Por qué no me confía usted sus penas, madre mía?...

—Porque es un secreto que nadie hasta ahora conoce más que yo.

—Nadie conocía tampoco el mío, y, sin embargo, no me pesa el habérselo a usted confiado, porque desde entonces soy feliz.

—Sí, sí, tienes razón; las penas comunicadas desahogan el corazón.

—Deposítelas usted, pues, en el mío, madre adorada, para que se dulcifiquen.

—El amor, hija mía, es un genio violento que halaga martirizando la mejor edad de la vida. Tú lo conoces bien, porque te hallas en esa edad; yo también me encontré en ella y por eso conozco los terribles efectos de su despótico señorío. Amé y fui amada como tú lo eres; soñé en un mundo de delicias que me brindaba el amor; acaricié en mi mente la seductora idea de una felicidad sin guarismo, de una vida de glorias sin término; pero todo ello no fué más que un sueño, que tenía que pasar ligero, como pasan todos los bienes de la tierra.

—¡Qué triste debe ser eso, madre mía!

—¡Muy triste, sí; muy triste! Mi amante era militar; había sostenido con calor al gobierno de Victoria hasta 1828, en que se retiró, horrorizado por los tristes acontecimientos y saqueo del Parián, y por no estar de acuerdo con las ideas del general Guerrero, que sucedió en la presidencia, en 1829, al general Victoria. Los partidarios del nuevo Presidente, temiendo que mi amante conspirara, trataron de desterrarle

del país, y desde entonces empezó el largo período de mis penas. Ricardo venía a verme de noche, disfrazado y con mil precauciones para no ser descubierto; yo le recibía con amor, temor y sobresalto; cada vez que nos veíamos, renovábamos los juramentos de ser uno para el otro... Una noche, poco antes de despedirnos, oímos ruido extraño en la calle; asomo con sigilo la cabeza por el balcón, y veo que un oficial daba órdenes de cercar la casa a una patrulla de soldados, porque un espía había asegurado haber visto entrar a Ricardo en la casa.

—¡Qué desgracia!

—Al oír esta noticia, no me detuve un instante; informé a mi amante del peligro que le amenazaba; le conduje por un pasillo secreto hasta la puerta del jardín, y abriendo ésta y saltando la tapia, pudo burlar la vigilancia de los que le perseguían.

—¿Y luego?

—Viendo que el gobierno trataba de apresarle a todo trance, huyó de la capital y no he vuelto a saber más de él.

—¡Dios mío!

—¡Sin duda le debieron descubrir y asesinarle!

—¿Lo cree usted así?

—¿Cómo era posible, de lo contrario, que no me hubiera escrito, amándome como me amaba? Su fuga sirvió de apoyo a las acusaciones de sus enemigos y sus bienes le fueron confiscados.

—¿Y hace mucho de eso, madre mía?

—¿No te he dicho ya que tuvo lugar mi desgracia en el año 1829?

—Es decir, hace dieciséis años.

—¡Sí; hace dieciséis años!...—contestó con tristeza Inés.

—El mismo tiempo que tengo yo de edad; ¡qué casualidad!

—Sí, hija mía, el mismo tiempo que tienes tú, que eres mi bien sobre la tierra—exclamó abrazándola y profundamente conmovida.

Un criado se presentó a interrumpir el diálogo, anunciando la llegada de un caballero, cuyo nombre dijo.

—Dile que pase—dijo la que ocupaba la butaca.

—Permítame usted que me retire, madre mía.

—¿No quieres quedarte?

—Ya es tarde, y quisiera irme preparando para asistir al baile.

—Dices bien; marcha a engalanarte, hija mía.

La joven colocó sus labios en la frente de aquella bondadosa mujer y se retiró a su cuarto.

En aquel instante se presentó en la sala un hombre vestido ricamente, pero sin gusto; su ropa, aunque de exquisito paño y cortada a la moda, carecía de gracia y elegancia, sin duda porque no sabía dársela quien sin naturalidad la llevaba.

La fisonomía de este personaje no era fea; pero había en ella cierta dureza, cierta aspereza en sus facciones y un no sé qué de duro y de vulgar en toda su persona, que predisponía a que se le mirase con desagrado. Largos cabellos rubios que tiraban a rojo, velaban su cabeza, enteramente redonda; su boca grande y de encendidos labios, dejaban ver una dentadura limpia, pero separada; su frente era despejada, pero velada por una sombra desagradable, que imprimía a su rostro un ceño imponente y adusto; su nariz alzada, dejaba ver dos anchas ventanas que respiraban con fuerza; sus ojos eran azules y vivos, pero carecían de gracia y de dulzura; su cuerpo era fornido, pero sin flexibilidad, ancho de espaldas y elevado de hombros; calzaba lujosas botas de lustroso charol, que perdían su mérito por la anchura desmedida del pie que cubrían; un rico alfiler de diamantes, pero charro y de más valor que gusto, ostentaba en la pechera de la camisa, y una gruesa y larga cadena de oro, cruzando por encima de su chaleco de terciopelo carmesí con flores negras, completaban el traje de nuestro personaje.

Nada había en él de noble ni de elegante que revelara en un solo movimiento, en la simple manera de presentarse, al hombre de fina educación.

Su aire era duro y forzado, que denunciaba al hombre que ha sabido hacer fortuna, pero no ser elegante.

Le faltaba ese delicado barniz que sólo dan la cuna y la fina educación que se recibe en la niñez.

En vano tratará el fuerte marinero de dar a sus manos la suavidad de un cutis delicado; el jabón podrá prestarle más limpieza, más brillo, pero nunca podrá ocultar los recios callos contraídos en su larga carrera.

Inútilmente el hombre de descuidada educación que ha crecido con descuidadas maneras, tratará de confundirse con la gente de la alta sociedad; podrá cambiar de traje; llevar en vez de la chaqueta corta de paño burdo, el rico frac y el pantalón bien cortado; pero no podrá ocultar los movimientos duros y forzados, los toscos modales en que creció, y que son los pronunciados callos que denuncian su nacimiento ante la sociedad escogida.

No es esto criticar ni al marinero porque se jabone con frecuencia las manos, ni al hombre que, habiendo hecho fortuna honradamente, se presente bien. No, eso es muy loable, muy honroso, muy digno. Mi intento no es otro que demostrar que la ropa no puede ocultar la educación; que ésta resalta sobre el traje cuanto más lujoso sea, como resalta en el fondo de un estanque un objeto cuanto más cristalina y brillante se conserva el agua; y que un movimiento cualquiera, denuncia en el acto, tanto al sér bien nacido a quien la desgracia le ha envuelto en asquerosos harapos, como al hombre de baja cuna a quien la fortuna le ha proporcionado ricos vestidos y lujosas carrozas.

—A los pies de usted, señorita—dijo el recién llegado, haciendo una cortesía respetuosa, pero poco elegante.

—¿Usted a esta hora por aquí, señor Duval?

—En efecto, es extraño, porque de noche siempre tengo grandes ocupaciones.

—Luego debo creerme muy favorecida cuando las descuida usted para honrarme con su agradable visita.

—Grande es, en efecto, el aprecio que usted me merece; pero me veo precisado a confesar que en este momento me trae un asunto menos galante, por lo cual solicito su indulgencia.

—Sírvase usted tomar asiento y decirme con franqueza el asunto que le conduce.

Duval tomó asiento frente a Inés; cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, acto poco urbano entre personas de respeto, y mucho más entre señoras, y le dijo:

—Usted sabe que amo a su recomendable hija, y que, aunque sin mérito para alcanzarla, solicito su mano.

—Sí, señor; mi hermano ha tenido la bondad de informarme de la honra que usted quiere dispensarnos.

—Bien; de esa manera sabrá usted que cuento con el beneplácito de don Emilio.

—Nada me ha ocultado que tenga relación con ese asunto.

—Ahora, pues, quisiera saber si tengo también la dicha de contar con la voluntad de usted.

—Para responder a esa pregunta, permítame usted que me tome la libertad de hacerle otra.

—¿Cuál?

—Usted cuenta con el asentimiento de mi hermano, sospecha usted contar con el mío, pero ¿cuenta usted ya con el de Clotilde?

—Si alcanzo la dicha de obtener el poderoso apoyo de usted, cuya menor insinuación es una orden agradable para

quien no tiene más satisfacción que complacerla, mi felicidad es segura.

—Cuenta usted con ella en el acto.

—¿De veras?—exclamó Duval lleno de júbilo, no dudando ya del triunfo sobre su rival, y haciendo tronar los huesos de los dedos, dejando entrever por segunda vez con este acto grotesco los toscos hilos de su poco esmerada educación.

—Mas con una condición.

—Ponga usted la que guste.

—Pero antes prométame usted respetarla, por ridícula que parezca.

—Lo prometo.

—¿Bajo su palabra de honor?

—Bajo mi palabra de honor.

—Admitido.

—¿Cuál es esa condición?

—Que me traiga usted el consentimiento de mi hija.

—Señorita...—exclamó sorprendido Duval.

—Sólo esa condición.

—¿Pero si ella, llevada de sus pocos años, o desconociendo sus intereses, no pensase con el juicio que requiere asunto tan delicado?

—No es muy lisonjero para mí el concepto que se ha formado de la educación que de mí ha recibido Clotilde.

—Yo no he pretendido decir tal cosa.

—Pero sin pretenderlo lo ha dicho usted, aunque en otros términos.

—Mas aun cuando así fuera, eso no sería ofender a usted en lo más mínimo. No en todos los terrenos fructifica con el mismo vigor, ni en el mismo tiempo, la buena semilla, aunque la tierra encierre su germen.

—Conozco perfectamente, señor Duval, el corazón en que he sembrado los sentimientos generosos, las virtudes y los deberes para con los padres y la sociedad, y respondo de que resolverá lo más justo y conveniente.

—¿Y si me da una negativa?

—Entonces, tengo el sentimiento de decirle que nada podré hacer por usted.

—Señorita, veo que es preciso que me explique con franqueza y sin rodeos.

—Hable usted sin temor.

—No creo conveniente dirigirme primero a Clotilde, por que estoy firmemente persuadido de una repulsa.

—¡Una repulsa! ¿Y por qué?

—Porque ama a otro.

—¿A otro?

—Estoy seguro de ello.

—Siendo así, ¿cómo quiere usted que yo disponga de su corazón, que ella ha entregado ya a otro?

Duval se admiró de la imperturbabilidad con que había sido escuchada aquella revelación, con que él creyó alarmar el corazón de Inés.

¿Qué debía, pues, creer de aquella fría indiferencia?

¿Era que miraba con descuido el porvenir de Clotilde, o era estudiado disimulo para desarmarle a él?

De lo primero era imposible que se persuadiera; le era demasiado conocido el excesivo cariño que profesaba a su hija adoptiva; lo segundo, pues, era consecuencia forzosa.

Convencido de esta verdad, y resuelto por lo mismo a vencer a todo trance a su rival, exclamó:

—No intento, señorita, que usted disponga de su corazón para dárselo a otro, sino que vigile usted sobre él, para que no lo entregue a uno indigno de poseer tan celestial tesoro.

—Estoy tranquila. La elección de Clotilde no puede desdecir de la educación que ha recibido.

—Y, sin embargo, el hombre a quien ama ha heredado un negro borrón de su familia—exclamó con intención, y marcando las palabras, Duval.

—¿Está usted seguro de ello?—dijo con calma imperturbable Inés.

—Segurísimo.

—¿Sabe usted el nombre de ese favorecido amante?

—Leopoldo Cabrera, el hijo del hombre que, abusando de la confianza de vuestro hermano, cobró una cantidad de veinte mil duros, que luego negó, diciendo que le habían sido robadas las libranzas.

—Y tal vez no mentía.

—¿Cómo!... ¿Se atrevería usted a defenderle?

—Estoy más inclinada a eso que a condenarle.

Duval se mordió los labios.

—Señorita—dijo con acento desagradable—, eso es llevar hasta la exageración la indulgencia y la bondad.

—Además, suponiendo, sin conceder, que fuese cierto que el padre se había apoderado de esa cantidad, ¿sería justo que su hijo, siendo honrado como es, pagase el delito del primero?

—Un robo de esa naturaleza, un abuso de confianza cometido por el jefe de la casa, alcanza a todos los individuos de la familia.

—Y, sin embargo, aquel robo—contestó Inés, cansada de

la tenacidad de su interlocutor—, es de menos importancia para nosotros que el que usted nos ha hecho.

—¡Yo!...—exclamó Duval, desconcertado con aquella inesperada acusación.

—Sin duda alguna—agregó sonriendo la hermosa—; porque aquél, sea quien fuere el que lo cometió, fué un robo de dinero, en tanto que usted, señor Duval, nos ha robado el sosiego de mi hermano, en cuyo pecho va adquiriendo mayor fuerza cada día la funesta pasión del juego, que usted le ha infundido.

—El juego, señorita, no es ningún crimen.

—No; pero es el vehículo que nos conduce a él insensiblemente.

—Veo que me juzga usted con excesiva severidad, cuando yo venía buscando su poderoso apoyo.

—Siento que califique usted de severidad lo que no es más que justo homenaje tributado a la verdad, de que soy apasionada.

—Bien; no trato de discutir con usted de la más o menos propiedad de las palabras; pero sí me veo precisado a decir a usted, en defensa del cargo que me ha hecho usted, que el juego no le ha correspondido con la ingratitud que el desleal amigo que abusó de su confianza.

—Será así, y por lo mismo no quiero insistir sobre este punto. El juego le habrá sido tan fiel como usted quiera; el amigo, el más ingrato de los hombres; pero suplico a usted que me responda con ingenuidad a lo que voy a preguntarle.

—Puede usted contar con ella.

—Bien; ¿cree usted que Leopoldo es honrado?

—En tal concepto le tengo.

—¿Cree usted que es un artista distinguido?

—Tengo que participar de la opinión general.

—¿Cree usted que su talento y su pincel le proporcionan una renta no despreciable para facilitar a la joven con quien se una, las comodidades que hacen agradable el matrimonio?

—No pongo duda en ello.

—¿Cree usted que los círculos más elevados se desdennan en recibirle?

—Veo, por el contrario, que todos se complacen en contarle entre sus socios.

—Pues, si hay en él honradez, que es la garantía de una vida tranquila; si le adorna un talento despejado, rico patrimonio que sólo acaba con la muerte; si la sociedad le cede

en sus círculos un lugar preferente; y si, por último, reúne una figura interesante y modales distinguidos, ¿qué madre, si es prudente y cariñosa, podrá negarle la mano de su hija, cuya felicidad es consecuente?

—Pero todo eso, señorita, no borra la mancha que echó su padre sobre toda su familia; las faltas de la honra se heredan, como hereda la raza humana el pecado de Adán.

—Pues bien, ese pecado se quita con el bautismo; ¿no será fácil quitar el de Leopoldo con nuestra caridad?

En el semblante de Duval se pintó un gesto de sorpresa y de indignación.

—Pero usted debe buscar para su hija—dijo disimulando su disgusto—un hombre que no la haga descender de la alta posición que ocupa, y el joven de quien acabamos de hablar no cuenta con un capital suficiente para atender al lujo de que es merecedora Clotilde.

—¿Cree usted que en la riqueza estriba la felicidad?

—Por lo menos es un agente poderoso para proporcionarla.

—Pues bien; a mi hermano y a mí nos sobran bienes de fortuna; Clotilde es nuestra heredera única y nada puede codiciar.

—Señorita—dijo Duval en tono duro y levantándose de su asiento—, usted olvida que don Emilio no participa, por fortuna, de las romancescas ideas de usted, y que cuento con su apoyo.

—¿La súplica la ha convertido usted en amenaza?—exclamó a su vez Inés, revistiéndose de un aire resuelto y severo—. Pues bien, señor Duval, si mi hermano tiene la debilidad de favorecer a usted en una causa injusta; si mi hermano, después de escucharme, insiste, que no lo espero, en dar la mano de su hija al hombre que no ama, y si usted, en fin, cuenta con el firme apoyo de él, Clotilde cuenta desde ahora con el mío. Usted introduce la guerra doméstica en esta familia que hasta conocerle vivía dichosa y tranquila, y Clotilde, óigalo usted bien, Clotilde jamás será, mientras yo viva, la esposa del que no ha sabido respetarme.

—Cualquiera diría al oír a usted—replicó Duval con risa maliciosa y estudiada—, que esa joven le debe a usted más que la educación y los cuidados.

—¡Cómo!

—¡Sí!—repuso clavando los ojos en el rostro de Inés, para ver el efecto que producían sus palabras—. ¡Cualquiera diría que le debe a usted la vida!

Inés se puso encendida como la grana.

—¿Habré acertado?...—dijo para sí Duval—. ¿Será, en efecto, lo que tantas veces he sospechado, contra el parecer de la generalidad?... ¡Ah!... Entonces mi triunfo sería seguro.

—Caballero—dijo Inés, recobrándose un poco de su sorpresa—: siento decirle a usted que desconoce por completo los deberes y consideraciones que son debidas a las señoras, cuando se ha tomado usted la libertad de aventurar palabras que nunca esperé escuchar de labios de ningún hombre.

—Vamos—pensó Duval interiormente—, se da por ofendida; buena señal; no hay duda.

Y luego agregó en alta voz:

—Señorita, mi intención no era otra que decir...

—No quiero saber cuál fué la intención de usted, señor Duval—le interrumpió Inés, sin dejarle acabar—. Lo que deseo es que tenga usted la bondad de ahorrarme la pena de sostener una conversación que ni a usted ni a mí nos puede ser de provecho alguno.

—Comprendo, señorita; voy a complacer a usted.

Duval tomó el sombrero que había dejado al entrar sobre una silla, y añadió haciendo una inclinación respetuosa:

—Adiós, señorita.

—Adiós—dijo Inés con sequedad.

Duval salió con aire de triunfo; y la hermosa, al verse sola, dejó caer tristemente la cabeza sobre el lado derecho del respaldo de la butaca.

Aquella entrevista le había llenado de amargura.

Vió en el novio que su hermano destinaba a Clotilde, un hombre sin educación, de altanero carácter, de corazón vengativo y de conducta poco ceñida a la moral. Sobre todo, las últimas palabras, sonaban en su oído con fatídica vibración.

—Ese hombre—dijo—ha sospechado lo que hasta ahora ni mi hermano mismo se ha atrevido a suponer. ¡Ah!, si por vengarse de la oposición que en mí ha encontrado, divulga esa funesta idea que empañaría mi honra y me presentaría a los ojos del mundo como una mujer indigna del distinguido aprecio y respeto que hasta hoy se la ha dispensado, ¡ah!, entonces no sé qué sería de mí; en vano trataría de vindicarme; las palabras que rebajan el mérito de aquellos cuyas virtudes se han preconizado, y con las que se creen humillados los que carecen de nobles sentimientos, hallan eco entre los que, careciendo de ideas elevadas, creen justificar sus defectos y debilidades, presentando a todas las personas, dominadas de las mismas debilidades y defectos. Sí, ese hombre es capaz de todo; lo he conocido en su aire insultante y orgulloso. ¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza si se realizan mis temores!...

Y la infeliz se escondió el rostro entre las manos, abrumada con el peso de aquellas tristes reflexiones.

Duval, entre tanto, se dirigía a su casa dominado por ideas de venganza.

—Sí—pensaba en su mente—; la turbación que noté en su rostro; el súbito carmín de la vergüenza que asomó a sus mejillas; su idéntica semejanza con Clotilde, y el excesivo cariño que le dispensa, todo me hace creer que, en efecto, bajo el modesto título de protectora, se esconde la verdadera madre. ¡Ah!... Yo indagaré con empeño; y si, como sospecho, es la que le dió la vida, no puedo dudar del triunfo. Entonces volveré a presentarme a ella; le diré que sé su secreto y la amenazaré con publicarlo si insiste en negarme la mano de Clotilde. Sí; mi plan es infalible. Inés no querrá perder en un solo día la reputación de virtuosa que disfruta en la sociedad, y accederá, estoy seguro, a mi deseo. Pero si mi sospecha carece de fundamento; si el resultado de mis investigaciones es contrario a mis intentos, entonces me queda otro camino, aunque más peligroso: la muerte de Leopoldo; ¿cómo? No lo sé; pero no faltará medio para llevarla a cabo sin comprometerme. Las revoluciones en que se agita el país, presentan medios seguros de ejecución para satisfacer venganzas personales.

Y acariciando ambas ideas, entró en su casa, llena en aquel momento de gente que estaba ocupada alrededor de una mesa en poner al azar de una carta el producto de sus trabajos y de sus ahorros.

CAPITULO IV

El baile

Las nueve de la noche señalaba el cuadrante del lujoso reloj que adornaba la sala en que había tenido lugar el diálogo entre la hermosa Inés y Duval.

Acababa de ocultarse, después de agitar sus pintadas alas, el autómatas pajarillo que aparecía trinando cada vez que la brillante campana sonaba la hora.

En el cuarto contiguo y enfrente de un dorado espejo de

102060 6320